

En torno a la enseñanza de la historia en el contexto de la globalización

Luz Coromoto Varela Manrique

I. ¿Una historia sin naciones en naciones sin historia?

Cuando a finales de los años 80 y comienzos de los 90, se derrumbó en Europa el imperio soviético y cayó el Muro de Berlín, y en América Latina, la Revolución Sandinista era derrotada por los votos y la *contra*, se desmoronaron muchos sueños sociales y políticos y se hizo patente lo espinoso que resulta la persecución de las utopías. Era sumamente difícil el poder mejorar el mundo. De hecho, se hacía imposible con las teorías y métodos propuestos por una izquierda que se había hecho tradicional.

Las izquierdas en el mundo entero sintieron desmoronar su visión del mundo y claudicaron ante el triunfo del discurso de la derecha, convertido ahora, supuestamente, en una propuesta renovadora y abanderada del cambio. Las brújulas ideológicas estaban descontroladas pues los polos discursivos parecían adoptar posturas y perspectivas diferentes. La auténtica revolución sólo podía realizarse a partir de la innovación que impulsaba la fe por el mercado. Esta innovación significaba desmontar todos los instrumentos de defensa del trabajador, el Estado debía olvidarse de su función de garante del bienestar social y limitarse a ser gendarme del dinero y a garantizar el triunfo del mercado tras la búsqueda de un ambiente fecundo para las inversiones. Sólo así mejoraría la economía y con ella, la calidad de vida, si no de todos, sí por lo menos de la mayoría de las personas.

Ese discurso neoliberal construía una síntesis geográfica/ideológica entre la derecha y la izquierda (recuérdese que en el siglo

XIX el liberalismo se ubicaba en la izquierda: representaba el cambio; mientras que, por otra parte, los conservadores lo hacían a la derecha; representaban el orden y la preservación del sistema). De esa síntesis, el neoliberalismo emergía triunfante. Mientras, la vieja izquierda parecía desconcertada y enmudecida, completamente agónica ante la arrogante arremetida del discurso liberal, ahora en la derecha (o en la izquierda ¿no abanderaba el cambio?). La brújula enloquecía.

Pero este discurso siempre estuvo ensartado en una auténtica falacia que pocos lograban detectar: “sólo liberalizando el dinero y todos los procesos económicos podrían estabilizarse los procesos sociales”. Para ello era preciso que la economía dominara a la política. La política entonces se hizo economía, y la economía fue más estatista que nunca.¹ Los intereses económicos gritaban, reclamaban al Estado que les devolviera lo que de forma “natural” les pertenecía: las riquezas nacionales. Y el Estado se aprestaba a privatizar los más preciados bienes de la nación, lo que significaba que el Estado participaba de la economía.² Cuando se presentaban circunstancias graves que trastocaban lo que se consideraba debía de ser “el mecanismo autorregulador de la economía”, como sucedió con la crisis bancaria en varios países del mundo, el Estado debía intervenir para salvar la economía. Esto significaba que la economía continuaba siendo tan estatista como siempre.³

Pero en los últimos años del siglo XX, después de casi veinte años del avance del proyecto neoliberal desde el triunfo de los gobiernos de Reagan y de Thatcher, el mundo se encuentra en una situación inmensamente más grave que cuando empezaron las transformaciones y la eliminación de los frenos regulatorios a la agresiva expansión del capital. La pobreza ha aumentado en el mundo entero tanto cuantitativa como cualitativamente. Y no se avizora ninguna esperanza de que la situación mejore. Esto ha sido reconocido así por los propios organismos internacionales, incluido el Banco Mundial.⁴ Hay autores también que ya empiezan a considerar que el origen mismo de las crisis financieras y bancarias contemporáneas se encuentra en las políticas de liberalización y de desregulación.⁵

Muy poco a poco la izquierda ha empezado a reaccionar. La brújula paulatinamente se estabiliza. Con algunas alteraciones producto de la debacle, los polos han empezado a colocarse en su lugar. Lentamente se desarrollan análisis críticos como los realizados por Viviane Fórrester,⁶ por Pierre Bourdeau,⁷ por Noam Chomski,⁸ y otros autores, entre ellos los venezolanos Nweheid Kalhdone, Elías Capriles⁹ y Jorge Armand.¹⁰ Hay autores que consideran imperioso el empezar a imponer regulaciones efectivas a la actividad de la banca,¹¹ e incluso el mismo presidente de la Junta de Reserva de los Estados Unidos, Alan Greenspan, afirmó recientemente que hay que imponer ciertas regulaciones al capital.¹²

Pero muchos que estaban en la izquierda¹³ apenas si se han dado cuenta de esto. Les es más cómodo seguir pensando que no hay nada que podamos hacer. Y es que el discurso de la derecha ha sido avasallante y oportunamente combativo, justamente en la circunstancia en la cual más abatida se encontraba la izquierda. Por ello parecía muy práctico atravesar la movediza cerca y “ser revolucionario” desde la derecha. Desde allí, una desdibujada izquierda ha pregonado en los últimos años la desaparición del Estado nación,¹⁴ estorbo soberano a la frenética expansión del capital. Y han aplaudido el indetenible avance de la globalización, pues, supuestamente “no hay nada que podamos hacer”. Todo esto desde una postura supuestamente de avanzada, posmoderna, al día con las más admiradas estrellas o vedettes intelectuales.¹⁵

Quien se atreve a estudiar, pensar o escribir desde la “nación” está desactualizado. Esto, por supuesto, significa deslegitimar las historias nacionales al separar a la nación de la historia. La historia ahora ha de ser globalizada, o cuando mucho, puramente regional. Nos ahogamos en el colonialismo y no parecemos verlo. Para “estar al día” tenemos que cerrar los ojos. Lo cual nos impide ver que así como una historia universal desde Europa ha sido negadora de nuestra presencia, lo será aún más, una historia regional sin la presencia de nuestras naciones. De naciones que aún existen, y que existirán en la medida en que los nacionales lo queramos así.

Por supuesto, cuando separemos la historia de la nación, la nación se hundirá y no hará falta globalización para que esto suceda: “las naciones no podrían continuar, no podrían vivir si no tuvieran ese conocimiento de sí mismas a través de la historia”.¹⁶ pues una de las principales fuentes que existen para nutrir la nacionalidad es la memoria colectiva, y la memoria colectiva, en los siglos que corren, necesita de la enseñanza de la historia. Así estos tiempos sean posmodernos, la historia nos dice de dónde venimos, quiénes somos, por qué somos como somos y posiblemente, qué nos depara el futuro. De allí que los pueblos con un amplio conocimiento de su historia se estimen profundamente, y tengan un alto sentido de pertenencia, lo que les permite valorar enormemente su entorno.¹⁷

Y justamente esta ausencia de autoconocimiento histórico explica, en gran parte, la crisis societal que atraviesa Venezuela, ya que desde 1969 se desmontaron los programas escolares que enseñaban historia de Venezuela; ciertamente, tenían mucho de historia romántica y positivista, pero transmitían nociones elementales de historia, de las cuales, nuestros niños y jóvenes carecen casi completamente en la actualidad. De hecho daban algún sentido de cohesión colectiva. Y sabemos por los trabajos de la psicología social que uno de los sentidos que actualmente prevalecen entre nosotros es el de la vergüenza nacional y el del desprecio hacia nuestro ser colectivo.¹⁸

No pretendemos negar la globalización, ni las transformaciones que sabemos están aconteciendo en el mundo. No negamos tampoco que muchos de estos cambios sean bastante positivos (como la posibilidad, ya establecida con el caso de Pinochet, de castigar a quien ha violado los derechos humanos en cualquier lugar del mundo). Además, posiblemente muchos de estos cambios sean inevitables, pero por eso mismo no necesitan de nuestro empuje apresurado; mucho menos si no hemos antes evaluado las consecuencias de lo que ha ocurrido hasta el momento en el proceso de globalización, así como la búsqueda de posibilidades para lograr que sea menos traumático. Y sobre todo para que no perezcamos como nación, a menos que esto sea absolutamente ineludible. Pero hasta donde sabemos, por muy

avasallante que sea el proceso globalizador y el discurso que le acompaña, ni siquiera en Europa se plantea la desaparición de la nación. Y cuando algunos sectores, especialmente sensibles, han sentido la imposición de políticas de integración que afectan parcelas nacionales, han insurgido vehementemente en defensa de estos intereses.¹⁹ En todo caso, el proceso de unidad europea no se dirige a una integración completa con el resto del mundo. Al contrario, la tendencia que observamos pareciera apuntar a la construcción de un posible Estado multinacional; es manifiesto el interés en erigirse como potencia frente a la creciente fortaleza del Estado nacional estadounidense.

Debemos preguntarnos, entonces, qué es lo que queremos: ¿desaparecer como nación o acoplarnos a la globalización desde nuestros intereses? La globalización no es necesariamente una. Puede tener varios rostros, como dice Kaldhorne,²⁰ y muchas naciones sobreviviendo. Por lo menos, algunas tienen garantizada una larga existencia: Estados Unidos y China. ¿O acaso estos países se han planteado la eliminación de lo que consideran “sus intereses nacionales”?

Nuestra nación sobrevivirá en la medida que lo queramos. Si no lo queremos, podemos empezar los historiadores por separar la “historia” de la “nación”; enseñaremos una historia fragmentada, carente de nación. El resto del trabajo se hará solo. Nos limitaremos a estudiar la historia por la historia, o sea, seremos científicos puros, sin contaminación social ni política. ¿Existirá eso?

II. Los intelectuales venezolanos y la nación

Es indiscutible que la enseñanza de la historia contribuye a la construcción de la identidad nacional, por ello, quienes reflexionan en torno a la problemática de tal enseñanza, consideran que dado “...ese fin pedagógico [...] uno de los más antiguos en la enseñanza de la historia, [...] convendría no olvidar que si queremos que la historia cumpla con otra función, más cercana al examen crítico del pasado y del presente, habría que relativizar lo que podríamos llamar función nacionalista (de la historia)”.²¹ Esto es, dado que los

nacionalismos fuertes impiden un análisis efectivo de la realidad, se hace necesario revisar el peso que la enseñanza de la historia le da a la idea de nación.

Ahora bien, en Venezuela el problema es otro; puesto que carecemos de una sólida enseñanza de esta disciplina, aquí se perdió de vista toda función social de la historia. De forma que ni contribuye a la creación de un sentido nacional ni a la conformación de un sentido crítico de la realidad. Lo contrario sucede en otros países latinoamericanos: México, Argentina, Chile, Colombia, Brasil, Cuba. Así mismo podemos mencionar a Estados Unidos, España y el resto de Europa, donde juega un papel importante en la construcción de lo nacional y se le intenta orientar (en algunos países más que en otros) como formadora del sentido crítico de lo real.²²

Para algunos intelectuales venezolanos, el nacionalismo tiene connotaciones negativas:²³ es el resultado que produce la mirada al nacionalismo de ETA, del IRA, de la extrema derecha austríaca y del resto de Europa con su legado fascista y nazi, y también al fundamentalismo islámico y su condena a todo lo diferente de la nación árabe. El intelectual venezolano rechaza así esa “identidad” que niega al otro, que lo excluye. Por lo tanto, considera poco importante la recuperación de la enseñanza de la historia si se le plantea como recuperación de la nación.²⁴

Pero visto desde esta perspectiva, la mirada al nacionalismo y a la identidad se hace reduccionista.. Por una parte, esta “identidad” no conforma una identidad sana, de gente que simplemente se sabe parte de un colectivo, que, como tal se valora positivamente y que, además, es capaz de verse a sí misma en el otro. Esa *identidad* que asusta y niega al otro, no es tal, es *etnocentrismo*, más que identidad.²⁵

Por otra parte, nuestros intelectuales parecen olvidar que estamos en Hispanoamérica —con una realidad muy diferente a la del mundo árabe y a la europea—, y con espacios en los cuales no se han cultivado férreos nacionalismos que enfrenten furibundamente a sus vecinos. Es cierto que se han producido guerras derivadas de problemas limítrofes no resueltos, pero aun así no se han construido odios que separen

insensiblemente a nuestros países. Por el contrario, poseemos el mismo idioma, una religión mayoritariamente común, una historia con un amplio legado que nos acerca, una cultura semejante, etc. Además continuamos asumiéndonos como hermanos, aunque poco reforcemos esos lazos ni avancemos mucho en el conocimiento del otro. Nuestra manera de relacionarnos sigue siendo como en la colonia: desde la provincia hacia el centro del mundo. Muy poco sabemos del vecino, de su cine, de su literatura, de su plástica, a menos que haya impactado al centro. En ese caso rebota como un boomerán al resto de nuestros países. Y es entonces cuando recordamos que tenemos vecinos y nos sorprendemos de lo que pueden hacer.

Estimo que en Venezuela debemos recuperar nuestro sentido de lo nacional. Con esta afirmación me refiero a reencontrarnos con nuestra memoria histórica, a estudiar nuestras experiencias pasadas, entre otras, el proceso de mestizaje étnico e hibridación de culturas desde el período colonial, de igual forma, la guerra social y racial a lo largo de todo el siglo XIX, antídotos vitales frente al racismo renovado que empieza a hacerse cada día más evidente,²⁶ así como ante el odio de clases que ha comenzado a incubarse en los últimos tiempos.²⁷ Me refiero también a reflexionar sobre nuestras experiencias más recientes: renta petrolera y ruina nacional, corrupción y ausencia de sentido de pertenencia; a entender la oposición dictadura-democracia, pero no de la forma descontextualizada y vacía de contenido como se ha enseñado, por lo cual ha sido incapaz de construir un sentido de ciudadanía, ni mucho menos, de generar un alto rechazo al autoritarismo, necesario para la consolidación de toda democracia.

Finalmente, me refiero a reafirmar nuestra estima y aportar respuestas propias a nuestra crisis nacional. Sobre todo importa que estas respuestas sean verdaderamente creativas, esto es, que sean respuestas teóricas y prácticas surgidas desde aquí, desde Venezuela y América Latina, a partir de una mirada auténtica de nuestra problemática. Pero es indudable que sin autoconocimiento histórico es muy difícil que pueda darse un proceso de reflexión nacional. Por ello se hace imprescindible asentar un bien fundamentado, y nunca doctrinario proceso de enseñanza de la historia en todos los niveles de nuestro sistema escolar.

Notas y Bibliohemerografía:

- ¹ Chávez Ramírez, Paulina Irma. 1996. *Las cartas de intención y las políticas de estabilización y ajuste estructural de México: 1982-1994*. UNAM- BUAP, México. Concheiro Bórquez, Elvira. *El gran acuerdo. Gobierno y empresarios en la modernización salinista*. México, UNAM- Era, 1996.
- ² Foxley, Alejandro. *Experimentos neoliberales en América Latina*. México, FCE, 1988.
- ³ En 1994, el Estado venezolano debió intervenir los bancos afectados por la crisis bancaria, por intermedio del Fondo de Garantía de Depósitos y Protección Bancaria, FOGADE. Véase el Diario *El Nacional*, Años 1993 (últimos meses) a 1995.
- ⁴ Banco Mundial. *Informe sobre el Desarrollo Mundial*. Washington, 1999.
- ⁵ Correa, Eugenia. *Crisis y desregulación financiera*. Méxcio. UNAM-Siglo XXI, 1998.
- ⁶ *El horror económico*. México, FCE, 1996.
- ⁷ *La misère du monde*, París, Seuil, 1993.
- ⁸ “Finance et silence”, *Le Monde Diplomatique*, Diciembre 1998.
- ⁹ “¿La crisis económica final del capitalismo?” *Ultimas Noticias*, Suplemento Cultural, 27 de junio de 1999.
- ¹⁰ “Los pueblos del mundo frente a la globalización”, *Derecho y reforma agraria*, N° 30, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, 1999.
- ¹¹ Girón, Alicia; Correa, Eugenia (coords.) *Crisis financiera: mercado sin fronteras*. México, UNAM-DGAPA-El Caballito, 1998.
- ¹² “Greenspan anunció posibles reformas en la regulación de la banca”. *El Nacional on line*. Caracas, 12 10 1999.
- ¹³ Me refiero a la izquierda “intelectual”, que ha estado al tanto de los cambios que han ocurrido en el mundo. Mi crítica apunta a los sectores de izquierda estudiosos y pensantes venezolanos, justamente, porque se supone que no le temen al estudio y la actualización. Lamentablemente terminan reverenciando la “actualización” y aportando poco a una re-creación de los postulados de la izquierda desde Venezuela y América Latina. De hecho, terminan en la derecha. En este sentido, este análisis no toca a los sectores izquierdistas venezolanos sin renovación, ignorantes de todo el proceso ocurrido en los últimos veinte años y que siguen manejando criterios de análisis de la realidad y una concepción de la política que tuvo vigencia hace más de cuarenta. La ironía del caso, es que son estos últimos quienes están

- intentando “un proceso de cambio” en Venezuela.
- ¹⁴ Lanz, Rigoberto. “Por una identidad leve”. Ponencia presentada en el *Seminario Internacional: “Conocimiento e identidad cultural en Venezuela”*, Mérida, junio 1997.
 - ¹⁵ Entre otros, véanse: Baudrillard, Jean. *La transparencia del mal*, 1991. Barcelona, Anagrama. *El crimen perfecto*. 1996. Barcelona, Anagrama. Lyotar, Jean-Francois. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Gedisa, 1987. Por otra parte, el pensamiento posmoderno ha sido duramente cuestionado por Sokal y Brigmont en su obra *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999.
 - ¹⁶ González y González, Luis “¿Qué historia enseñar?” *Cero en conducta*. México, Año 13, N° 46, octubre 1998.
 - ¹⁷ Consideramos que el pueblo mexicano y el pueblo francés constituyen un buen ejemplo de tal afirmación.
 - ¹⁸ Montero, Maritza. *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1984. Varela M., Luz Coromoto. “Del vínculo entre la política, la psicología política y la historia”. *Hacia la Antropología en el siglo XXI*. Mérida, CONOCIT, CONAC, ULA.
 - ¹⁹ Es el caso de los cultivadores del olivo en España quienes han protestado contra las limitaciones impuestas por la Unión Europea, así como el de los agricultores franceses que se oponen a la entrada y comercialización de productos españoles en su territorio.
 - ²⁰ Kaldhone G., Nweihed. *Globalización. Dos rostros y una máscara*. Caracas, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1999.
 - ²¹ Carretero, Mario. “El espejo de Clío: la identidad nacional y visiones alternativas en la enseñanza de la historia”. *Cero en conducta*. México, Año 13, N° 46, octubre 1998.
 - ²² González Muñoz, M^a Carmen. “La enseñanza de la historia en el nivel medio. Situaciones, tendencias e innovaciones”. Madrid, Marcial Pons, 1996. Cap. 5: *¿Para qué enseñar historia? Los objetivos*.
 - ²³ Entre otros, véase: Bracho, Jorge. “Identidad. ¿Ficción o realidad?” *Mañongo*. N° 11, Valencia, julio-diciembre 1998.
 - ²⁴ “Vigencia de la historia y de su enseñanza. Desmontando el discurso de la globalización desde una perspectiva histórica”. *Tierra Firme* N° 70, Caracas (en prensa).
 - ²⁵ Montero, Maritza. “A través del espejo. Una aproximación teórica al estudio de la conciencia social en América Latina”. *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas, Panapo, 1987.

- ²⁶ Torres, Sergio, *Manifestaciones y percepciones del racismo en Mérida*, Trabajo de investigación presentado para optar al título de Bachiller, CEAPULA, Mérida, julio 1998.
- ²⁷ Al respecto recomiendo los discursos del Presidente Chávez, y los señalamientos que hace contra los diferentes sectores sociales que le hacen oposición. Pueden encontrarse referencias de ello en la prensa diaria venezolana. Entre otros, el diario *El Nacional*: www.el-nacional.com

Dibujo del artista Luis Ortega para la exposición “De lo blanco y de lo negro”, presentada en julio de 1998 en el Museo de Arte Moderno de Mérida “Juan Astorga Anta”

Luz Coromoto Varela Manrique

Licenciada en Historia. Profesora de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Miembro del *Grupo de investigación sobre la conciencia social en Venezuela y América Latina* (GISCSVAL). Escribe para revistas especializadas de historia y de ciencias sociales. Expone sus trabajos en congresos y otros eventos nacionales e internacionales.

Resumen

En los últimos años del siglo XX, el discurso posmoderno y el proceso de globalización han insistido en la inevitable desaparición del Estado nación. Por lo cual, algunos sectores intelectuales de izquierda en América Latina y especialmente de Venezuela, han asumido posturas contra el sentido de lo nacional, y consecuentemente, contra la historia nacional. En este artículo, se cuestionan tales posturas y se intenta reafirmar la enseñanza de la historia como resguardo de la memoria colectiva, para que la sociedad venezolana pueda producir, ante su actual crisis económica y política, respuestas teóricas y prácticas basadas en su propia realidad.

Palabras claves: Enseñanza de la historia, Estado, nación, neoliberalismo.

Abstract

An inquiry about the consequences of the supposed disappearance of the notion «state-nation» by the called postmodern speech and globalization process, at the end of the XX century. The Latin American leftist intellectuals, particularly the venezuelan ones, assume it is a speech against the national history and call for reconfirming the teaching of history as keeper of the collective memory. In that way the venezuelan society could have theoretical and practical answers to the political and economic crisis.

Key Words: Teaching of History (Venezuela). Globalization. State-Nation. Neoliberalism. Teaching of History (Venezuela). Globalization.